

Teatro

Cuando se puede vivir de flores

"Tengo 45 años. Digo mi edad porque no la represento." Cualquiera que hubiese visto a la elegante dama mientras cruzaba las piernas, envuelta en un negligente chal y en la luz del crepúsculo que invadía el pequeño departamento de la calle Peña, en Buenos Aires, habría podido asegurar que no mentía.

Porque Isidora Aguirre (dramaturga, nacida en Santiago de Chile, casada dos veces, cuatro hijos) irradia una persistente juventud. Tanta como para volar de un compromiso a otro, venir a Buenos Aires para presenciar la marcha de la filmación de *La pérgola de las flores* —la obra que le sirvió de catapulta a la fama y la seguridad económica, desde su estreno en 1961 por el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Santiago—, permanecer una agitada semana en la capital argentina y marchar a Chile para volver a mediados de diciembre, cuando el grandilocuente y prolijo Cecilio Madanes ponga en escena *La pérgola*, en el callejón de *Caminito*.

Por ahora, la vertiginosa escritora chilena afirma no saber casi nada sobre la filmación de su obra: "Yo vendí los derechos —dice, con una permanente sonrisa colándose junto a la tonada trasandina—, y no tuve participación en otra cosa. Creo que el guión es de Rodolfo Taboada." Pero lo que ha alcanzado a trascender, habla de siderales costos de producción. Fue necesaria la acumulación de Benito Perrojo y Luis César Amadori (capitales españoles), del mexicano Pedro Elvira y del aún inmovible zar de la industria cinematográfica argentina, el munífico Atilio Mentasti, para solventar la filmación en colores, los frondosos decorados de Gori Muñoz y las presencias en el reparto del chileno Antonio Prieto y de la hispana Marujita Díaz.



Isidora Aguirre: Algún reproche.

Las reservas de la autora se agrietan, sin embargo, cuando se trata de ilustrar sobre su trayectoria. "Empecé a escribir teatro relativamente tarde —comenta, para agregar en seguida, como disculpándose—: Pero antes había escrito relatos, dibujé, estudié baile clásico y hasta llegué a componer canciones folklóricas." El verdadero camino de Isidora Aguirre, sin embargo, pareció comenzar a perfilarse luego de su viaje a París, en 1949, cuando se dedicó a estudiar cinematografía. Por ese desvío lateral llegó a descubrir que su real interés estaba en el febril mundo de la escena. El teatro no tardó en corresponder holgadamente a ese amor: después de piezas que resonaron en crítica y público (*Las tres Pascualas*, 1957; *Población Esperanza*, 1959, en colaboración con el novelista Manuel Rojas, "con el clima de los poblados *cayampas* o, como dicen ustedes, *villas miseria*"), el impacto de *La pérgola* —con canciones de Francisco del Campo— promovió a la Aguirre al nivel del estrellato. "Es la obra de más éxito, en toda la historia del teatro chileno —afirma—. Probablemente porque la gente añora aquel clima pacífico y un poco intrascendente", agrega con alguna melancolía.

De lo que no está tan segura, en cambio, es de que se trate de su mejor obra. Sobre todo cuando piensa en *Los papeleros*, que *Fray Mocho* estrenó en Buenos Aires hace dos temporadas. Aunque reconoce que *La pérgola* "es a la que estoy más agradecida: me ha permitido vivir del teatro".

No obstante, algo como un nostálgico reproche brota de la triunfante escritora a su arrolladora hija: "Los que no conocen el resto de mi producción, me ubican por *La pérgola* en un teatro decididamente amable o costumbrista", reflexiona, cuando ya la penumbra convida a encender las lámparas del departamento. "¡Pensar que yo siempre me había resistido a escribir una comedia musical!" ♦